

¿Los riesgos cambian, las percepciones quedan?

Géneros, identidades y migraciones en el Área Reconquista

Santiago Canevaro

Introducción

El objetivo de este trabajo es analizar las vinculaciones entre las identidades de género, la condición migratoria y las lógicas de la organización social del cuidado, relacionadas con la variación de los sentidos que las personas del Área Reconquista le otorgan a los riesgos ambientales-sanitarios persistentes y aquellos surgidos a partir de la declaración del aislamiento social, preventivo y obligatorio (en adelante ASPO).¹

En el presente texto se exhiben los avances preliminares de una investigación cualitativa de tipo etnográfica realizada durante los años 2019-2020 sobre los riesgos ambientales situados y las dinámicas barriales

¹ El denominado Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO) comenzó en Argentina el 26 de marzo de 2020 y está compuesto por 5 fases que dependen de la velocidad de contagios en cada región.

asociadas a los mismos² considerando la nueva dinámica que generó en el territorio de trabajo la declaración del ASPO y la restricción de los desplazamiento de las poblaciones en todo el territorio argentino.

El objetivo es describir y analizar la relación entre las nociones de riesgos socialmente situadas considerando sus vinculaciones con las experiencias migratorias, las identidades de género y las acciones tendientes a generar bienestar de quienes habitan esos territorios. Entendemos por bienestar a todas aquellas actividades de cuidado y asistencia orientadas a proporcionar bienestar físico, psíquico y emocional a las personas (Comas D'Argemir, 2014).³

El Área Reconquista (AR) se caracteriza por la presencia de diversos conglomerados de asentamientos ubicados sobre la cuenca del río homónimo, cuyos afluentes provienen de zonas de industrias tanto agropecuarias como metalúrgicas.⁴ Actualmente estas últimas, en conjunto con las descargas cloacales y la instalación del relleno sanitario del complejo CEAMSE Norte III,⁵ son las principales fuentes de contaminación del Río Reconquista (Busnelli, 2019). Sobre estos terrenos, caracterizados por su alta contaminación, los y las habitantes idearon y construyeron las calles, las viviendas y los espacios públicos.⁶

² Esta línea de trabajo se enmarca en el Proyecto de Investigación-Acción Participativa "Estrategias socioambientales para fortalecer la resiliencia de las mujeres trabajadoras migrantes en la cuenca del Río Reconquista, Buenos Aires, Argentina" IDRC-UNSAM. El trabajo de campo se llevó adelante la parte del partido de San Martín que corresponde al Área del Río Reconquista (AR).

³ Incluimos en esta definición ampliada de bienestar a aquellas políticas públicas y actividades vinculadas con la comunidad.

⁴ La cuenca del Río Reconquista (CRR) incluye un total de 134 cursos de agua con un total de 82 kilómetros. Casi todas las vías navegables se han modificado a través de la actividad humana, incluidas las canalizaciones abiertas y cerradas, las rectificaciones y la pavimentación (IMAE-PNUMA 2005).

⁵ Se trata de uno de los rellenos cloacales más importantes de la zona del AR.

⁶ Según el último censo de población del año 2010, en toda la CRR habitan 4.239.091 personas. En el partido de San Martín, que forma parte de esta cuenca, habitan 405.122 personas, de las cuales 37.850 son migrantes. Estas cifras no contabilizan al AR donde no llegó el Censo ni las Estadísticas oficiales como la Encuesta permanente de Hogares. Las organizaciones de esta región estiman que viven unas 110.000 personas con una predominancia de hogares migrantes o descendientes de familias migrantes tanto internas como internacionales.

Desde los inicios fueron conformándose como entramados socioambientales atravesados por sentidos, experiencias y moralidades vinculados a la contaminación, la geografía, los escasos recursos, la poca presencia de las burocracias del Estado y a los vínculos sociales entablados en los asentamientos. Siguiendo las narrativas de los hombres y mujeres entrevistadas/as en esta investigación, la construcción de sus comunidades y viviendas en estos entornos altamente contaminados –como es el caso del AR–, es entendida como una mejora en las condiciones de vida y de bienestar. En este proceso, se fueron delineando los sentidos atribuidos a lo potencialmente dañino, siendo posible entender los problemas del entorno como riesgos ambientales socialmente situados definidos en estrecha relación con los agentes que los habitan (Douglas, 1992).

La población residente en AR posee un alto componente de migración con procedencias extranjeras y del Noroeste y Noreste argentino. Lo más llamativo de esta población no es tanto la predominancia de una u otra colectividad de nacionalidad extranjera, o las zonas del país de donde migran, sino que en su mayoría provienen de zonas rurales. En muchos de los casos, sus residencias de origen fueron afectadas por fenómenos ambientales como inundaciones, sequías, granizadas o incendios. Estas situaciones se piensan relacionadas con los modos de producción agrícolas con grandes extensiones de monocultivo (principalmente soja) que generan la profundización de fenómenos ambientales (señalados anteriormente) con consecuencias cada vez más devastadores que repercuten en las vidas de estas poblaciones rurales.

Si bien existen flujos migratorios provenientes de contextos donde los problemas ambientales afectan de manera directa, es preciso pensar esa asociación no como necesaria, sino más bien como posible. Los motivos no son siempre únicos, sino que pueden entrelazarse con falta de acceso a los servicios de salud o de educación, con problemas de violencia o seguridad, de oportunidades laborales o de desarrollo individual. Otro de los motivos que se señalan son los económicos y la falta de políticas públicas, que como bien argumentan

algunas interlocutoras, generan dificultades a las poblaciones más empobrecidas, posicionando a las familias campesinas en un lugar de muy baja competitividad productiva. Esto sugiere que la problemática de inequidad socioeconómica en el ámbito rural puede llegar a cobrar más relevancia que la degradación ambiental a la hora de optar por irse de sus hogares.

Asimismo, cabe aclarar que la migración misma puede no tratarse de un hecho disruptivo en la vida de estas poblaciones, siendo una práctica más sobre la cual ya se encontraban familiarizados socialmente antes de llevarla a cabo, y no como una medida extrema diaspórica. La extensa bibliografía de estudios transnacionales demuestra ya que las poblaciones migratorias de la región mantienen un fuerte vínculo con sus hogares de origen, y aportan a su manutención (Portes, Guarnizo y Landolt, 1999; Martínez Pizarro, Cano y Contrucci, 2014), por lo cual tampoco se trata de un hecho irreversible y de desconexión con su región de origen.

En una investigación pretérita (Canevaro, López y Castilla, en prensa) sostuvimos que las nociones de riesgos ambientales en los asentamientos pobres, precarios y/o vulnerables se encuentran moldeadas por las lógicas de provisión de bienestar, en particular, aquellas relativas al acceso a la tierra y a la vivienda.

Hasta el año 2020 podemos decir que la forma como se expresaba la crisis socioambiental en el área tenía que ver con la existencia de basura, las constantes inundaciones, las dificultades en el acceso y calidad del agua, los problemas respiratorios y de piel, entre otros. La emergencia del ASPO en la zona redefinió las prioridades y problemáticas de la zona reconfigurando la idea de crisis hacia nuevas temáticas. Uno de los principales impactos tuvo que ver con la merma y/o desaparición en muchos casos de los ingresos de gran parte de la población en el AR.⁷

⁷ Mayoritariamente quienes viven en el área se dedican a empleos denominados “informales”, al no encontrarse alcanzados por los beneficios de la regulación formal. En su mayoría, los trabajos en el servicio doméstico, venta ambulante, construcción, gastronomía, comercio en ferias, son algunos de los principales trabajos entre la población.

En relación con las nuevas demandas que trae la emergencia por el Covid-19, nos interesa reconstruir la relevancia que la dimensión migratoria y el clivaje de género tienen en las experiencias vinculadas con la dificultad para acceder a la comida y los riesgos sanitarios asociados a ella. En tal sentido, exhibimos que la nueva realidad actualiza dimensiones y clivajes al mismo tiempo que refuerza diferenciaciones sexo-genéricas en relación con percepciones en torno al riesgo y las maneras de construir alternativas de cuidado y generar bienestar. De esta manera, nos interesa mostrar que las percepciones de riesgo se enlazan con las historias previas y con las posibilidades futuras de los habitantes del territorio del AR, conectando la trayectoria migratoria (Rivera Sánchez, 2012) de los habitantes del territorio con la realidad actual.

En síntesis, en este texto nos alejamos de una teoría del riesgo con sujetos neutros, tomando en cuenta específicamente las condiciones de pobreza, la satisfacción de necesidades y la provisión de bienestar, considerando las trayectorias biográficas, migratorias y la condición de género como criterios que operan de manera crucial entre los vecinos del AR para percibir sus condiciones de riesgo.

En la investigación se utilizó una metodología etnográfica dentro de la cual se desarrollaron técnicas de investigación cualitativas y estuvo basada en el trabajo de campo en asentamientos marginales, pobres y/o vulnerables del AR. Las técnicas de investigación cualitativas utilizadas se diferenciaron de acuerdo con las etapas de investigación. A su vez, se realizaron entrevistas etnográficas con el objetivo de profundizar diversos emergentes del trabajo de campo. Se contó con el consentimiento informado en el cual se explicitaron los objetivos de la investigación y la metodología utilizada aclarando el carácter anónimo, voluntario y confidencial de las mismas. Por tal motivo, a lo largo del texto los nombres de los entrevistados se han cambiado por otros de fantasía y se ha borrado todo rasgo que pueda identificarlos directa o indirectamente, entre ellos, el nombre del barrio, de centros barriales, de salud u otros.

La organización del artículo cuenta con una primera parte de una discusión teórico conceptual sobre la relación entre las nociones de riesgo, las identidades genéricas y la organización del cuidado. Luego, exploramos en las nociones de riesgo que se movilizan según el origen rural en las trayectorias de hombres y mujeres que habitan en territorios con fuertes problemas de degradación ambiental (Curutchet, Grinberg y Gutierrez, 2012). Posteriormente, nos adentramos en la dinámica abierta por el Covid-19 en los barrios, la emergencia socio sanitaria, de salud y alimentaria, explorando en la transformación de las prioridades, roles y tareas de las organizaciones comunitarias a partir de esta nueva realidad. Finalmente, se exhibe un elemento común que relaciona a los sujetos migrantes con el contexto de crisis descrito.

Riesgo situado, identidades de género y organización del cuidado

Para Mary Douglas (1992), los modos como las personas entienden y reaccionan a diversos riesgos dependen de las propias concepciones de este, las cuales están culturalmente atravesadas por valores y creencias socialmente inscriptas. Desde la perspectiva de Douglas, el riesgo no es un ente material objetivo, sino una elaboración, una construcción intelectual de los miembros de la sociedad que permite evaluaciones sociales de probabilidades y de valores. La autora expone que son las nociones culturales las que nos dicen intuitivamente qué es potencialmente peligroso y dañino y qué no representa riesgo. La cultura –y esto incluye a las relaciones e identidades de género–, nos provee modelos explicativos que nos indican por qué las cosas se suceden de una determinada manera y nos da guías morales acerca de por qué ciertas cosas o acciones son buenas o malas.

Por otra parte, este carácter relacional del riesgo abre posibilidades a preguntas teóricas y prácticas sobre por qué y cómo algo se considera un riesgo. Una comprensión relacional de este, en tanto enmarcado dentro de sistemas sociales humanos establecidos

convencionalmente y de naturaleza simbólica, supone la existencia de diversos modos específicos de cognición relacionados al riesgo, culturalmente situados e inscriptos en prácticas sociales concretas (Rappaport, 1996).

Categorías nativas como “peligro”, “daño”, “necesidad”, “víctima”, entre otras, están sujetas a reformulaciones y reevaluaciones habituales. Además, la comprensión del riesgo puede conducir a la acción, creando a su vez, nuevas situaciones en las que una nueva comprensión de este puede desarrollarse, generándose redes semánticas de significados incrustadas y, por lo tanto, cambiante. Estos cambios se basan en la propia definición de riesgo como construcción epistémica que sirve para categorizar objetos externos y ponerlos en relación con otros objetos, según lo que sabemos y creemos sobre las causales potencialmente dañinas. Estos entramados de sentidos atribuidos a las relaciones, objetos y sujetos, a su vez, se enmarcan en contextos macroeconómicos, sociales y culturales así como marcos socio simbólico que los moldean.

A la desigualdad y vulnerabilidad social característica de los asentamientos del AR hay que sumarle los costos ambientales productos de la contaminación ambiental que deben enfrentar los hogares por residir en áreas degradadas, situación subvalorada en las estimaciones y caracterizaciones de pobreza (Chambers, 1995). Como señala Merlinsky (2006), la vulnerabilidad social y riesgo ambiental se relacionan a partir de la consideración de la distribución social del riesgo. Así, un riesgo es siempre un peligro de algo (a veces natural, a veces económico, a veces social) para alguien en una determinada red social, que implica un orden moral individual (Douglas, 1992) y otro de Estado y de gubernamentalidad (Foucault, 1991).

En nuestro caso no pensamos que haya una esencia femenina protectora de la naturaleza, como proponen algunos ecofeminismos, ni una esencia masculina destructora de la vida o productora de cultura. Estamos frente a construcciones históricas socio simbólicas de femineidades y masculinidades. Por otro lado, si bien no negamos la presencia de “dobles jornadas”, estudiaremos si no son justamente

las visiones émicas dicotómicas las que asocian esencializando a la mujer a cuidados (Kunin, 2018b), las que permiten, por ejemplo, percepciones sociales diferenciales de los riesgos. Asimismo, consideramos que para entender la generización de la percepción social de los riesgos hay que dar cuenta del mundo simbólico presente en la construcción social de las masculinidades y feminidades, así como en las acciones de cuidados y protección de las familias, los hijos y la comunidad. Este trabajo simbólico es parte de un proceso social que es necesario explicitar y así desnaturalizar la participación de las mujeres en tanto madres, por ejemplo, así como el lugar de los varones solo como trabajadores o proveedores del hogar.

Los estudios sociales del cuidado se han tendido a centrar en los aspectos femeninos del mismo, quedando esta actividad, sus prácticas y representaciones ligadas a lo femenino.⁸ Como concepto y como categoría nativa, presenta como sujeto preferencial a las mujeres y a las actividades que estas realizan, empalmándose el fenómeno social de la feminización del cuidado con una feminización de la categoría de análisis. En este punto, tampoco los estudios sobre participación en actividades comunitarias ha quedado exento de este sesgo, siendo mayoritario el estudio sobre el rol de las mujeres en las organizaciones comunitarias (Fournier, 2016; Zibecchi, 2014). En este sentido e inscripto en el marco de investigaciones que han venido mostrando, la lenta pero paulatina participación de los varones en las actividades de cuidado, asociadas a nuevas masculinidades cada vez más aceptadas social, legal e institucionalmente (Olavarría, 2003; Bonino, 2003), este artículo aporta para poder visibilizar el rol y las experiencias que los varones tienen respecto a las tareas comunitarias y de cuidado.

⁸ Ello se debió en parte a una atinada crítica feminista que se centró en evidenciar la desigual distribución de responsabilidades vinculadas al cuidado y el hogar, que invisibilizan el trabajo no remunerado que se realiza en su interior, naturalizando a partir de los procesos históricos, de la distribución de los roles y de las expectativas que existen acerca de los hombres y las mujeres (Wainerman, 2005; Champalbert, 2012).

Entendemos que existen complejas y múltiples maneras de entender la femineidad y la masculinidad –que no pueden definirse fuera del contexto en el cual se inscriben– y la manera como estas moldean las percepciones de los riesgos, en nuestro texto, estarán en relación con las trayectorias migratorias y laborales, las experiencias rurales así como en la socialización sexo-genérica de cada unx.

A continuación, nos adentramos en la manera como aparecen las nociones de riesgo y las percepciones socialmente situadas considerando las trayectorias migratorias y el origen rural de los entrevistados.

Percepción translocal del riesgo en la trayectoria rural-urbana

Retomando las reflexiones de Douglas, en los relatos de nuestros/as interlocutores/as se observan distintos modos de comprender lo ambiental, en fuerte vinculación con los entramados sociales, económicos y culturales en los que se encuentran. Así, la percepción del riesgo (Douglas, 1992), en este caso el ambiental, es referenciada de formas distintas al hablar del mismo en un contexto urbano y en uno rural. En el primer caso, el mismo se sitúa en la salud de los cuerpos cuidados –principalmente en los/as niños/as ya que constituye el modo de articulación más frecuente con las burocracias del Estado–, mientras que, en el segundo, suele situarse en la producción primaria y la alimentación.

Celeste, una mujer de 39 años quien migró a sus 27 años de forma definitiva al país, aunque a sus 15 años de edad su familia se mudó de una zona rural a una periurbana de Paraguay, al recordar su vida en el campo mencionaba que uno de los efectos del cambio climático eran la alternancia de épocas de sequía prolongada seguidas por períodos de lluvias intensas e incesantes. Estos fenómenos eran problemáticos porque complicaban la cosecha, lo que provocaba que su población se quede sin alimentos propios y sin productos para vender, por lo cual también implicaba una pérdida de sustento económico.

Al igual que ella, Mirta, otra migrante vecina de Celeste proveniente de un área rural de Paraguay, y quien migró a sus 15 años, se sumó a la conversación y remarcó que tales efectos no generaban lo mismo en las poblaciones ricas que en las más pobres. Ambas argumentaban que las industrias extranjeras (puntualmente hablaban de los agropecuarios brasileños), tienen mucho dinero para costear maquinarias y comprar terrenos, algo que en el caso de las poblaciones más pobres es más complicado, y que a su vez el accionar de estos empresarios culmina con el terreno de las familias campesinas aledañas: “tu vecino, por más que no quiere vender, sale vendiendo. Porque, ¿qué pasa? Le marcan veneno, viste que lo van pulverizando, y te tenés que ir. Porque ya no te sirve a vos tu tierra porque está envenenada” (Mirta, migrante externa, 41 años).

En el caso de Carolina, una mujer de 45 años que migró desde un área rural de la provincia de Misiones y cocina en el jardín comunitario del barrio, las problemáticas medioambientales en su zona de origen también son situadas en las cosechas. Ella proviene de un área productora de yerba mate, y al preguntarle por las problemáticas ambientales señaló: “Me di cuenta en las plantas porque estaban todas como manchadas, también las frutas, como si las hubiera salpicado con lavandina o con ácido o algo, argumentando que ello se debe a la papelería que está ahí, que genera polución” (Carolina, 45 años, cocinera en jardín comunitario).

Estas representaciones que rondan la idea de peligro ambiental distan de las problemáticas ambientales y las repercusiones que identifican en sus vidas actuales de contextos urbanos. Esto puede observarse de forma bien concreta en el diálogo que tuvimos con Carolina, quien marca, tanto en la entrevista como en distintos registros de campo recabados durante un taller de cocina que compartimos con ella, la problemática ambiental en la polución generada por la basura y cómo esto afecta la salud de los/as niños/as del barrio. Contrastando con el caso de su región de origen, donde podía detectar una problemática ambiental en el aspecto de las plantas señala que en el caso de la ciudad lo nota menos porque hay mucho menos cantidad.

En cambio, su reflexión en torno a lo ambiental suele surgir a partir de las afecciones que padecen las infancias del barrio. En la esquina del jardín donde cocina se sitúa un basural barrial donde diariamente se quema basura y ella suele encargarse de cerrar las ventanas y puertas cada vez que siente olor a basura quemada, asegurando que es el motivo por el cual las infancias del barrio tienen *problemas de pulmón*. De todas formas, Carolina aclara que no volvería a vivir en una zona rural, dado que allí encuentra un riesgo vinculado a la falta de acceso de servicios básicos como la luz, el agua corriente y el gas, que no le permiten poder mantener emprendimientos rentables.

En el mismo sentido, Víctor, quien llegó de un pueblo cercano a La Paz (Bolivia) cuando tenía 28 años. Cuando se mudó con su familia a una zona rural y vivió sus últimos años allí no tenía agua y la luz era intermitente. Cuando llegó a la zona de San Blas recuerda muchas dificultades porque no le llegaba la conexión de agua hasta la casa y porque constantemente tenía dificultades para conectar la luz. Víctor reconoce que siempre necesitó de la electricidad porque al dedicarse a la producción textil este insumo se volvía fundamental para continuar con un emprendimiento. Para Víctor, la palabra riesgo aparece cuando habla de la inversión que realizó en 2001 al comprar más de cinco máquinas de coser nuevas y comenzaron a generarse constantes cortes de luz en el barrio:

Era un problema para nosotros porque dependemos mucho de la luz, a decir verdad, es todo, pero bueno, cuando empezaron los cortes se armó un grupo de vecinos y empezamos a reclamar (...) Nosotros con los paisas compramos 10 máquinas pero no las podíamos usar, estaban ahí, pensamos en comprar unos generadores para tener nuestra propia luz pero cuando empezamos a movernos, nos empezaron a dar bola (Víctor, 37 años, costurero).

Víctor contrapone la respuesta positiva de las autoridades ante los reclamos como algo inusual. En ese sentido, destaca que aunque los cortes de luz constituyeron un problema grave al inicio de su negocio, se pudo solucionar por la respuesta de las autoridades, algo

impensable en su lugar de origen. En ese sentido, lo vincula con la labor en el mismo rubro que realizaba su padre y que se había fundido:

En mi familia siempre hicimos costura y mi padre se fundió por los problemas con la luz, más que la cuestión económica de Bolivia (...). Allá podías hacer de todo y no te daban nada, pero acá me di cuenta que cuando empezamos a hacer quilombo, como dicen ustedes, te escuchan y no solo eso, sino que te dan lo que pides (Víctor, 37 años, costurero).

En la historia de Víctor como en la de Carolina la percepción de riesgo se enlaza con una historia previa y con las posibilidades futuras de los entrevistados. En las experiencias retratadas se evidencia que el pasado rural se aleja de un “pasado ideal”, y que la realidad urbana en la que se encuentran viviendo, por más problemática que puede tornarse en cuanto a la situación ambiental que atraviesan, les concede mayores posibilidades para poder desarrollar estrategias de bienestar. La urbanidad entonces se vuelve un contexto que estas poblaciones migrantes encuentran más propicio para poder mejorar sus condiciones de vida, a pesar de las problemáticas ambientales con las que se encuentran conviviendo.

El ASPO y la transformación de las prioridades: la falta de comida y la necesidad de limpieza como nuevos riesgos

La mayoría de las organizaciones y espacios comunitarios relevados⁹ modificaron sus actividades y prioridades a partir del decreto que declaraba el ASPO en la Argentina. A partir de ese momento, las

⁹ La mayor parte de las organizaciones con las que realicé mi trabajo de campo corresponden a la sociedad civil y se dedican a tareas comunitarias vinculadas con la realización de talleres de oficio y culturales, el otorgamiento de comida y meriendas y la realización de actividades deportivas. Los datos surgen de relevamientos realizados tanto por parte del Consejo de Decanos y del IDAES/UNSAM en particular como por parte de relevamientos primarios realizados por informantes y becarios del proyecto IDRC, Canadá en el territorio de San Martín.

actividades de jardín, cursos de extensión, talleres de formación, entre otras tareas, debieron suspenderse, quedando únicamente y de manera central la provisión de alimentos para la población de la zona en diversos turnos.

La necesidad alimentaria se vio expresada en el crecimiento exponencial en la cantidad de personas que concurrían a las organizaciones y espacios comunitarios para pedir comida. A esta necesidad básica de alimentos se le asoció una dificultad vinculada con la obligatoriedad por mantener la limpieza e higiene de los espacios y objetos de uso así como las distancias sociales recomendadas por las autoridades sanitarias.

La respuesta y organización de los miembros de dichas organizaciones fue variada, dependiendo de las redes y estructura previa con la que contaban así como por los contactos que tenían con instituciones estatales y privadas. La dinámica de organización y los criterios se vieron modificados repentinamente así como también los roles y las tareas asignadas.

La nueva realidad enfrentó a los habitantes de los barrios y a los miembros de las organizaciones a tener que adoptar nuevas técnicas y prácticas de cuidado en los diferentes espacios que transitan. La necesidad de una mayor limpieza y cuidado de los espacios de encuentro y de los elementos a ser utilizados así como el hecho de mantener la distancia física constituyeron cuestiones novedosas que se fueron imponiendo en la realidad de los territorios.

Samuel tiene 43 años, tres hijos y trabaja en gastronomía. Es oriundo de Santiago del Estero. Llegó a San Blas cuando tenía 17 años junto a sus tres hermanos, su padre y su madre. Antes, pasaron por varios barrios hasta que se asentaron en la zona. Desde los 22 años que ingresó en un restaurante como ayudante no dejó de trabajar en el rubro, donde también lo hacen su hermano y dos primos.

Cuenta que hasta que se declaró la cuarentena su realidad era ir “de la casa al trabajo y del trabajo a la casa”. Debió dejar de asistir a dos locales de comida donde trabajaba en la Ciudad de Buenos Aires y comenzó a percibir un ingreso de emergencia (IFE) y un subsidio

por parte del Estado para pagar su salario en uno de ellos. Samuel comenta que empezaron a necesitar comida porque no tenían ingresos suficientes ninguno de los dos:

Al mes que empezó todo vimos negra la cosa y nos comenzamos a preocupar porque no teníamos ninguna entrada y el IFE no alcanzaba (...) primero fue mi hija a probar y fue unos tupperes y después empezaron a ir también mis otros hijos para traer para todos porque no alcanzaba (Samuel, 43 años, gastronómico).

A partir de comenzar a recibir la vianda por parte de sus hijos es que Samuel encontró elementos que no le gustaban que lo llevaron a proponerse colaborar:

Yo veía que traían los tupperes todo sucio y la comida no estaba bien presentada, todo mezclado, entonces yo pensé, pero como van a dar algo así, no somos animales (...) no les daban a todos lo mismo, no le puedes dar a un pibe una cosa y al otro otra (...) le dije a mi mujer que hable porque ella tenía una conocida ahí y a la otra semana ya estaba organizando las viandas, primero me pusieron a servir y ver qué todos llevaran la misma cantidad de fideos, de arroz, de pollo, de cargar las ollas, las bolsas de comida, hasta que después al tiempo me dijeron para cocinar y me metí más (Samuel, 43 años, gastronómico).

Por otra parte, revela que la tarea de trabajar como cocinero en el comedor lo hizo vincularse de alguna manera con su trabajo en la gastronomía, algo que había dejado de hacer hacía más de tres meses en ese momento.

Yo venía sin hacer nada desde que empezó esto y ponerme a pensar en la cocina de nuevo fue bueno también para mí, yo estaba mal por momentos porque no sabía si iba a poder trabajar, algo que hice más de veinte años (...) y además, sentís que ayudas ahí en el barrio porque la mayoría de la gente estaba mal, sin poder salir a trabajar y ahí lo notas que con muy poquito te agradecen (Samuel, 43 años, gastronómico).

En su relato, Samuel destaca que comenzar a realizar tareas como cocinero le permitió ayudar a la gente del barrio para que “comieran mejor” y poder continuar con una tarea que conoce y le gusta como es la cocina. Seguir con una actividad que le gusta y poder ayudar a la comunidad es algo que se combinan en el relato de Samuel.

A diferencia de Samuel, Mirta (45 años, 5 hijos, casada) vino de la provincia de Corrientes cuando tenía 18 años. Trabajó como empleada doméstica, primero “sin retiro” y luego “con retiro” por más de diez años. Luego ingresó en una empresa de limpieza de edificios, donde se desempeñó por más de doce años. Tanto al trabajo doméstico como a la empresa ingresó por dos de sus hermanas que a su vez habían ingresado por familiares de Corrientes. Cuando se quedó sin trabajo y su marido también comenzó a participar de cursos de diversos temas en un comedor cerca de su casa. Luego, cuando uno de ellos vinculado a la cocina terminó, ella les dijo que podía ayudar en la cocina y comenzó a hacerlo cotidianamente. Hoyes una de las personas que organiza la cocina, además de limpiar las instalaciones para el dictado de los talleres y el funcionamiento de un jardín maternal vespertino.

Mirta reconoce que sus tareas se modificaron a partir de la declaración del ASPO. Las recomendaciones y los peligros relativos a la pandemia hicieron que tanto en su casa como en la organización extremara las medidas de limpieza.

Circula mucha gente en la organización, entran y salen y yo empecé a darme cuenta que había que pedir más cuidado, que no se estaba teniendo porque iban y venían con el barbijo a veces sí, a veces no, no usaban el alcohol, a veces no había lavandina o detergente para limpiar las verduras que traen para la cocina (Mirta, 45 años, ayudante de cocina en comedor).

Mirta comenzó a charlar con la gente de la organización para ver la necesidad de que cuenten con más provisión de alcohol, detergente y productos de limpieza. Fue Manuel, uno de los miembros más antiguos de la organización, quién logró conseguir que comenzaran a enviarle más productos de limpieza, aunque reconoce que nunca alcanzaba.

Imaginate que teníamos antes de la cuarentena a 50 personas que venían por la merienda y ahora no sé, trescientos o más porque venían para el almuerzo y después la merienda, más lo que le dábamos para el fin de semana, había que limpiar todos los espacios, el baño que a veces usaban cuando venían, los tupperes de plástico antes de darles la comida, las ollas, la comida antes de cocinar, muchas cosas que antes no hacías (Mirta, 45 años, ayudante de cocina en comedor).

Mirta reconoce que cuando llega a la organización a eso de las 8.30 de la mañana tiene que hacer “todo un ritual” que consiste en pedir a los que están adentro que salgan para que ella y otra mujer se dediquen a hacer una limpieza profunda de los pisos y toda la mercadería que ya haya llegado a la organización para el almuerzo del día.

Luego, cuando vuelve a ubicarse en la zona de la cocina, pega carteles donde se exige el uso de barbijos y el lavado de manos, deja a la vista los sprays y alcoholes que tengan y mantiene las puertas y ventanas abiertas todo el tiempo. Cuando se comienza a hacer la cola afuera para pedir la comida es constante su reclamo para que mantengan la distancia, que no cierren las ventanas para que se mantenga la circulación y no armen grupos ni estén mucho tiempo adentro. Comenta que los peores días son los de lluvia porque tiene a toda la gente adentro, esperando, algo que torna inviable la posibilidad del distanciamiento y mantener las ventanas abiertas. Destaca que en dos oportunidades y producto del estrés que le genera que algunas personas no respeten los protocolos, ha terminado muy estresada y hasta peleada con los referentes del merendero. En sus palabras:

Yo les dije que así no podía seguir, porque no estamos jugando todos si no nos cuidamos y da lo mismo cualquier cosa (...) me dijeron que me tranquilizara, que ellos iban a hacer lo posible para que se respete, pero a veces no se puede, por recursos o por el espacio que no alcanza. Ahora no es que no me estreso porque sigue pasando,

pero trato de ir detrás y limpiar, estar atenta, yo me manejo así porque mucho tiempo hice eso y porque es la vida (Mirta, 45 años, ayudante de cocina en comedor).

Mirta revela que cuando sale de la organización y va a su casa debe extremar las medidas de higiene para ingresar y no “llevar el bicho a mis hijos”. El hecho de moverse en un ambiente que considera “inseguro” y que sean su marido y sus hijos quienes se puedan contagiar la ha hecho repensar varias veces en dejar de ir al comedor. Sin embargo, en su discurso aparecen elementos que se superponen:

Seguir en la organización para mi fue un desafío pero también una necesidad, de mi familia, porque podía traer comida para ellos, merienda, pero también porque veía que familia, vecinos que la estaban pasando mal, algunos no tenían ni la IFE, ni asignación, y sin poder salir a trabajar (Mirta, 45 años, ayudante de cocina en comedor).

Tanto en el caso de Mirta como en el de Samuel, encontramos que en las distintas etapas de sus trayectorias migratorias, los aprendizajes vinculados con sus espacios de trabajo como las redes de inserción en el mercado de trabajo constituyen aspectos vinculados a los procesos migratorios. Asimismo, a partir de los casos retratados encontramos como en el caso los varones como Samuel, su participación y solidaridad con la nueva realidad pospandemia se articula con la movilización de sus saberes y un oficio previo. Por su parte, en el caso de Mirta, su rol y participación en las tareas de limpieza tiene que ver con un supuesto rol “natural”, al mismo tiempo que no aparece su acción en el plano de lo barrial como algo descontextualizado en relación a lo que ya venía realizando. En síntesis, podríamos decir que en los varones encontramos una continuidad de sus tareas en el espacio público en el marco de la pandemia mientras que entre las mujeres hay una conexión entre ciertas disposiciones “naturales” y habituales que conectan las tareas que realizan en el espacio público con las que desarrollan en el privado de sus hogares (Zibecchi, 2014).

La comida no discrimina. Mujeres y varones migrantes unidos por la escasez

Si hasta el momento indagamos en las diferencias que muestran varones y mujeres migrantes en relación con las nociones de riesgo e identidades de género que operan en los contextos de cuidado y las dinámicas que enmarcan a la emergencia de la pandemia, a continuación indagamos en un elemento en común que los unifica.

Como adelantamos, la provisión de comida se tornó desde el comienzo de las ASPO en una actividad central dentro de las organizaciones comunitarias del territorio. La necesidad de conseguir insumos y espacio ante el aumento constante y desbordado de la demanda llevó a una redefinición de los roles y tareas de varones y mujeres dentro de las organizaciones. Encontramos sugestivo que en los relatos de varones y mujeres se pusieran énfasis diferentes a la hora de referirse a la comida.

En su mayoría, las mujeres entrevistadas tanto por su condición de género y/o por su condición migratoria, movilizan en su discurso una condición innata hacia un altruismo respecto a la falta para la comida. Sin embargo, y mientras que las mujeres migrantes hacían referencia a esta supuesta condición natural que las llevaba a ayudar sin distinción, encontramos que son los contextos de privaciones que se desprenden de sus trayectorias migratorias de arribo aquello que opera independientemente de la condición de género para actuar de una determinada manera, como veremos más adelante.

Silvana tiene 48 años, llegó cuando tenía 17 años, junto a su hermana a trabajar en el trabajo doméstico “sin retiro”. Al año de haber llegado, la despidieron y tuvo que irse a vivir a la casa de la tía pero no conseguía trabajo:

Yo siempre tuve la cosa de la necesidad cerca, porque nunca me sobró nada (...) cuando perdí el trabajo y vivía en lo de mi tía yo me iba a tomar mate cocido a una iglesia en Varela porque mi tía se separó de mi tío y no teníamos ingresos en la casa (...) después cuando me

fui de ahí pasé mucho de prestado, a veces sin poder conseguir para comer, viviendo de prestado, pidiendo comida en los restaurantes, en los bares, en todos lados (Silvana, 48 años, trabajadora doméstica).

Actualmente Silvana realiza tareas de ayudante en una organización comunitaria que da de comer a más de 120 familias en San Blas y reconoce las enormes dificultades que tienen para conseguir la cantidad de comida necesaria para armar las viandas para los vecinos, lo que los lleva muchas veces a tener que racionar la comida, algo que no le gusta hacer porque nota que las personas quieren más:

hay veces que tengo que dividir entre muchos y me miran como diciendo “esto nomas” y es feo, pero tengo que tratar de dividir para que alcance un poco para todos.

E: claro, es difícil vos vas dando lo que tenés.

F: si, les digo es lo que hay...con la leche les digo que es difícil de administrar al primero le doy un poquito más pero después ya al último lo que hay, porque vienen y ya no queda, a veces se quedan esperando a ver si queda un poco más. Tenés que ver las caritas, uno que la pasó se le parte el alma (Silvana, 48 años, trabajadora doméstica).

En ese sentido, aparecen también las referencias a la condición de género como definitoria para la posesión de una mayor empatía:

Nosotras lo hablamos con las chicas de la organización y lo vemos como madres, no podes dejar llorando a un chico por hambre, porque si te pasó o no te pasó, no importa eso, pero como madre vos no podes soportarlo (...) ahí está la cosa que tiene una y haces de todo para que eso no pase. (Silvana, 48 años, trabajadora doméstica).

Luego de mudarse de Varela a San Blas, Silvana comenzó a participar en el comedor de una organización religiosa al que había concurrido cuando llegó al barrio y luego de la declaración de las ASPO. En la actualidad comenta que está realizando tareas de voluntariado también para CARITAS y cobra un plan social de parte del gobierno municipal.

Al contrario de la explicación que busca naturalizar una posición altruista como femenina, Alfonso (39 años, casado, dos hijas), quién llegó de Corrientes cuando tenía 13 años para trabajar de carrero en las ferias de La Salada, reconoce la falta de comida y de una vivienda propia como lo que lo impulsaba a seguir trabajando.

Yo estaba solo cuando llegué de Corrientes, me fui a vivir a lo de un tío, pero chupaba, mis hermanos trabajaban, entonces salí a callejear, a pedir, a mí me faltó, no me lo cuenta nadie, lo viví yo (...) eso no se te borra más, de sentir hambre, de buscar algo para comer, por eso ahora hago lo que hago aunque no me sobre (Alfonso, 39 años, portero de una institución educativa).

Alfonso trabaja en una Escuela que depende de la universidad como portero. Destaca que todos los días lleva la comida que sobra de los almuerzos que dan en la escuela para los vecinos de su barrio. También realiza tareas de arreglo de bicicleta y lo cobra con alimentos que luego distribuye entre sus vecinos.

A partir de estas prácticas y viendo la “necesidad” del barrio reconoce que surgió su idea de instalar un merendero en su casa.

Yo me encargo de llevar y traer la mercadería, de que si uno me dice che tengo dos kilos de papa, un verdulero amigo, no lo dudo, chun, me subo al auto y voy a buscarlo (...) después llego y otro me dice Alfonso, me sobró una máquina para desarmar, voy, la traigo, la rearmo y la cambio por comida. Todo va para la olla, se lo llevo a mi mujer y con las mujeres cocinan (Alfonso, 39 años, portero de una institución educativa).

Alfonso destaca que en el comedor puede reconocer a personas en una situación similar a la que él tenía cuando migró:

Vos los ves a los chicos que a veces no llegan con nada, ni familia que los pueda contener, ni trabajo o posibilidades de estudiar porque tienen que salir a ganarse el pan (...) eso que me faltó a mí es lo que yo quiero que no le pase a otro chico (Alfonso, 39 años, portero de una institución educativa).

Alfonso remata la situación mencionando el hecho de que muchos migrantes jóvenes, debido a la pandemia, perdieron sus trabajos y debieron volver a la casa de sus padres, algo que tuvo consecuencias negativas para toda la familia:

Tengo muchos chicos que vienen al merendero y que después de la pandemia tuvieron que dejar la casa, irse con los chicos, la familia a volver a lo de sus padres, si tienen, tíos, se tuvieron que juntar otra vez, y eso trajo muchos problemas porque esas familias tampoco tienen para ellos y le tienen que dar de comer a más, y no le van a decir que no, pero ellos no tienen trabajo, están todos hacinados y con poco resto (Alfonso, 39 años, portero de una institución educativa).

En las historias de Silvana y Alfonso reconocemos que aunque existen diferencias genéricas en relación a los motivos y explicaciones que los movilizan para participar en la distribución de comida en los barrios, es la experiencia como migrantes el elemento que los atraviesa de forma transversal y que los lleva a actuar de esta manera. La dificultad para conseguir alimentos suficientes y la ausencia de redes que los contengan y brinden cierta seguridad es algo que empeoró para los migrantes durante la pandemia al dejar al descubierto la vulnerabilidad de sus redes de contención y recursos para hacer frente a una realidad sin empleo y muchas veces sin vivienda.

Consideraciones finales

En este texto, describimos y analizamos la relación entre las nociones de riesgos y las perspectivas ambientales socialmente situadas considerando las trayectorias migratorias y las acciones tendientes a generar bienestar de quienes habitan esos territorios.

A lo largo del artículo hemos indagado en las diferentes formas de percepción del riesgo contemplando las trayectorias, experiencias y acciones tendientes a generar bienestar y brindar cuidado entre quienes habitan territorios de gran contaminación ambiental en

el marco de un contexto de pandemia. Hemos evidenciado a través del registro etnográfico las diversas maneras en las cuales las nociones de riesgo pero también la de necesidad se articulan con dinámicas migratorias, condición de género diferenciales, estrategias de supervivencia y maneras de construir formas de vida. En este sentido, podemos inscribir tales prácticas y actividades por parte de las mujeres y varones migrantes como políticas que se gestan “desde abajo” para dar respuesta a los problemas de necesidad y escasez que plantea el contexto. Asimismo, descubrimos que las percepciones en torno al ambiente y los riesgos que este suscita no operan en el vacío, sino que se enmarcan en formas culturales y situadas de percepción del entorno y sus posibilidades (presentes en relación al pasado y al futuro). Evidenciamos que las diversas perspectivas y percepciones del riesgo de los actores pueden variar según trayectorias, coyunturas, experiencias y/o identidades genéricas.

Hasta el momento de la declaración de la pandemia, las definiciones y sentidos en torno al riesgo y la contaminación ambiental en un territorio como el del AR operaban de acuerdo a criterios heterogéneos y complejos aunque reconocimos en la trayectoria rural-urbana de varios de lxs entrevistadxs un elemento clave para su comprensión. Asimismo, y a partir del trabajo de campo en el territorio encontramos que la declaración del ASPO redefinió las prioridades, roles y tareas de varones y mujeres que participaban de organizaciones comunitarias del AR. Enmarcados en un contexto de incertidumbre sanitaria, precariedad laboral y nuevas necesidades de la población encontramos transformaciones y continuidades en las lecturas y prácticas sexo-genéricas en el territorio.

En un segundo momento, analizamos el impacto que las medidas del ASPO tuvieron en la región del AR indagando en las nuevas necesidades asociadas a la alimentación y la limpieza. Vimos las tareas y roles genéricos diferenciales en relación con las expectativas y las motivaciones que los llevaban a actuar de esa manera. Exploramos en el uso de la fuerza y en las negociaciones en la esfera pública como una manera de interesarse y de cuidar como maneras de construir prestigio, legitimidad y valor para los varones de estos territorios.

Finalmente, encontramos que las condiciones de vulnerabilidad en las condiciones de arribo de los migrantes –independientemente de su condición de género– constituyen una experiencia que trasciende los géneros y se ubican como principal motivación para actuar en un contexto de escasez alimentaria como el declarado a partir del ASPO en el territorio.

Bibliografía

Álvarez, G. H. (2005). Gran Buenos Aires, conurbano y partido de San Martín: exclusión social y segregación urbana. *Scripta Nova*, 9, 1-18. <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-194-52.htm>

Bonino, L. (2003). Las nuevas paternidades. *Cuadernos de Trabajo Social*, 16, 171-182. [http://www.luisbonino.com/pdf/Las nuevas paternidades.pdf](http://www.luisbonino.com/pdf/Las_nuevas_paternidades.pdf)

Busnelli, R. R. (2019). *Atlas de residuos sólidos industriales del partido de San Martín*. San Martín: UNSAM.

Carrasco, C., Borderías, C. y Torns, T. (2011). *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas*. Madrid: Catarata.

Chambers, R. (1995). *Poverty and Livelihoods: Whose reality Counts?, Discussion Paper (347)*, 173-204.

Champalbert, L. (2012). La organización de la vida doméstica según ellas y ellos en E. López y L. Findling (eds.), *Maternidades, Paternidades, Trabajo y Salud*, pp. 83-96. Buenos Aires: Editorial Biblos.

Comas D'Argemir, D. (2014). Los cuidados y sus máscaras: retos para la Antropología Feminista. *Revista Mora*, 20(1), 1-12.

Curutchet, G., Grinberg, S. y Gutiérrez, R. (2012). Degradación ambiental y periferia urbana: un estudio transdisciplinario sobre la contaminación en la región metropolitana de Buenos Aires. *Ambiente & Sociedade* 15(2), 173-194. DOI: <http://dx.doi.org/10.1590/S1414-753X2012000200010>

Douglas, M. (1992). *Risk and Blame: Essays in Cultural Theory*. London: Routledge.

Foucault, M. (1991). Governmentality en G. Burchell, C. Gordon y P. Miller (eds.), *The Foucault Effect: Studies in Governmentality*. Chicago: University of Chicago Press, pp. 87-104.

Fournier, M. (2016). La labor de las trabajadoras comunitarias de cuidado infantil en el conurbano bonaerense ¿Una forma de subsidio de “abajo hacia arriba”? *Trabajo y Sociedad*, 28, 56-72.

Hall, S. (2010). La importancia de Gramsci para el estudio de la raza y la etnicidad en E. Restrepo, C. Walsh, y V. Vich (eds.), *Sin garantías*. Colombia: Universidad Javeriana, IEP y Universidad Andina Simón Bolívar, pp. 289-318.

Kunin, J. (2018). Prácticas de cuidado, mujeres y agencia en el interior rural de Buenos Aires. *Periferia Revista de Recerca i Formacio en Antropologia*, 23(2). DOI: <https://doi.org/10.5565/rev/periferia.642>.

Martínez Pizarro, J., Cano, M. V. y Contrucci, M. (2014). *Tendencias y patrones de la migración latinoamericana y caribeña hacia 2010 y desafíos para una agenda regional*. Santiago de Chile: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

Martínez Allier, J. (2007). *El ecologismo de los pobres: conflictos ambientales y lenguajes de valoración*. Barcelona: Icaria ediciones.

Olavarría, J. (2003). Hombres e Identidades: Crisis y Globalización en J. Olavarría (ed.), *Hombres: Identidad/es y Violencia*. Santiago de Chile: FLACSO-UAHC, pp. 13-36.

Portes, A., Guarnizo, L. y Landolt, P. (1999). The Study of Transnationalism: Pitfalls and Promise of an Emergent Research Field. *Ethnic and Racial Studies* 22(2), 217-237.

Merlinsky, G. (2006). La entrevista como forma de conocimiento y como texto negociado: notas para una pedagogía de la investigación. *Revista Cinta Moebio*, 27, 27-33.

Rappaport, J. y Dover, R. (1996). The Construction of Difference by Native Legislators: Assessing the Impact of The Colombian Constitution of 1991, *Journal of Latin American Anthropology*, 1(2), 22-45.

Rivera Sánchez, L. (2012). Las trayectorias en los estudios de migración: una herramienta para el análisis longitudinal cualitativo en M. Ariza y L. Velasco (eds.), *Métodos cualitativos y su aplicación empírica. Por los caminos de la investigación sobre migración internacional*. México DF: Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM y El Colegio de la Frontera Norte, pp. 455-494.

Wainerman, C. (2005). *La vida cotidiana en las nuevas familias. ¿Una Revolución Estancada?* Buenos Aires: Lumiere.

Zibecchi, C. (2014). Cuidadoras del ámbito comunitario: entre las expectativas de profesionalización y el altruismo. *Íconos*, 50, 129-145. DOI: <https://doi.org/10.17141/iconos.50.2014.1433>